


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

McMeekin, Sean: *The Russian Origins of the First World War*, Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press, 2011.

Víctor Augusto Piemonte

CONICET / Universidad de Buenos Aires

augusto.piemonte@gmail.com

Fecha de recepción: 20/08/2014

Fecha de aprobación: 28/09/2014

Con motivo del centenario de la Primera Guerra Mundial tuvo lugar —y continúa teniéndolo— la aparición dentro del campo historiográfico internacional de una gran cantidad de publicaciones dedicadas al estudio de alguna o varias de las múltiples aristas que al día de hoy admite este momento histórico tan central para la historia del mundo contemporáneo. El investigador norteamericano Sean McMeekin no se mantuvo al margen de esta explosión editorial y en 2013 dio a conocer su último trabajo a la fecha, *July 1914: Countdown to War*, reimpresso en abril de este año¹. No obstante, urge aclarar que McMeekin se encuentra lejos de ser un recién desembarcado en el abordaje de los nudos problemáticos referidos. Abocado centralmente al estudio de la historia política, diplomática y militar de la Europa de comienzos del siglo XX, McMeekin ha escrito tres libros con anterioridad a *The Russian Origins of the First World War*. Con excepción del tercero en aparecer en público, *The Berlin-Baghdad Express: The Otto-*

¹ McMeekin, Sean: *1914: Countdown to War*, Nueva York, Basic Books, 2014.

*man Empire and Germany's Bid for World Power, 1898-1918*², dedicado a abordar las relaciones establecidas por Alemania con el Imperio Otomano en su intención por disminuir el poderío de Inglaterra, los restantes han tenido por objeto de análisis central algún aspecto combinado de la historia política nacional y transnacional de Rusia. Basta con tomar conocimiento de los extensos títulos y subtítulos de estas obras para advertir la posición teórico-ideológica de su autor, a todas luces mucho más cercana a la crítica política que a la reflexión histórica: *The Red Millionaire: A Political Biography of Willy Münzenberg*, *Moscow's Secret Propaganda Tsar in the West* y *History's Greatest Heist. The Looting of Russia by the Bolsheviks*³. En el caso de la obra aquí reseñada, en cambio, el autor ha optado por despojar la controversia del título, aunque no ha hecho lo propio con el contenido plasmado en su exposición argumental.

El motor que impulsa *The Russian Origins of the First World War* consiste en demostrar que, a diferencia de lo que puede llegar a proponer la historiografía existente en base al desconocimiento respecto de la participación rusa en el conflicto, lejos estuvo el imperio de los zares de desempeñar un papel pasivo ante el estallido de la Primera Guerra Mundial. De tal modo, en contraposición a la perspectiva tradicional que entre los historiadores ha tendido a recrear la imagen de una Rusia asediada por los intereses geoestratégicos de Alemania, el autor pone el eje en aquellas consideraciones propias de un imperio zarista impulsado en sus prácticas diplomáticas y militares por motivaciones expansionistas. La interpelación inmediata y explícita es a la célebre obra de Fritz Fischer *Griff nach der Weltmacht: die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschland, 1914-18*⁴, publicada en 1961 y responsable desde entonces, en opinión de McMeekin, de la consideración tan extendida acerca de la responsabilidad primera que habría tenido Alemania en la generación del primer gran conflicto armado internacional del siglo XX. Esta decisión metodológica de abordar en primera instancia el significado del imperialismo germano es contrastado por McMeekin con argumentos contra-fácticos, al sostener que si los rusos hubieran llegado al Vístula y los franceses

2 McMeekin, Sean: *The Berlin-Baghdad Express: The Ottoman Empire and Germany's Bid for World Power, 1898-1918*, Cambridge, MA, The Belknap Press of Harvard University Press, 2010.

3 McMeekin, Sean: *The Red Millionaire: A Political Biography of Willy Münzenberg*, *Moscow's Secret Propaganda Tsar in the West*, New Haven, Yale University Press, 2003; McMeekin, Sean: *History's Greatest Heist. The Looting of Russia by the Bolsheviks*, New Haven, Yale University Press, 2008.

4 Fischer, Fritz: *Griff nach der Weltmacht: die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschland, 1914-18*, Düsseldorf, Droste, 1961.

hubiesen ocupado Alsacia y Lorena, entonces la historiografía tradicional, en lugar de poner el foco en el “Programa de septiembre” trazado por el canciller von Bethmann Hollweg, destinaría sus esfuerzos a discutir los motivos que encerraban los expansionismos ruso y francés en 1914.

Tras señalar que el *status* de una nación dentro del concierto internacional depende de su situación geopolítica, McMeekin demuestra que los crecimientos económico, demográfico y militar registrados por Rusia en los albores de la guerra de 1914 no alcanzaban a posicionarla como una potencia imperial, y de hecho los reveses militares sufridos en las guerras de Crimea y ruso-japonesa así lo habían demostrado. Es por ello que el autor advierte, en contraposición a las suposiciones largamente extendidas entre los historiadores respecto del temor que habría despertado en Alemania el desarrollo de Rusia, la necesidad de buscar los factores que llevaron a enfrentarlos en otros terrenos. Para McMeekin, la situación crítica que por entonces atravesaba el Imperio Otomano fue percibida por la corte del zar como una oportunidad única para lanzar una operación dirigida a lograr el control de los estrechos del Mar Negro. Las victorias obtenidas por Alemania en los primeros meses de iniciada la Gran Guerra, entre las cuales ocupó un lugar central la derrota sobre Rusia en la batalla de Tannenberg a finales de agosto, coartaron de manera temprana los objetivos militares rusos.

Rebatiendo la vieja concepción de que Rusia había obrado en la guerra principalmente en favor de Francia, McMeekin sugiere que en realidad lo que ocurrió fue exactamente lo opuesto: desde los inicios mismos de la alianza franco-rusa quedó establecido que iba a ser Francia quien llevara el grueso del trabajo pesado contra las fuerzas alemanas. El acuerdo militar firmado en 1892 había previsto que en caso de enfrentamiento con Alemania el ejército francés movilizaría 1.300.000 soldados, en tanto que la mucho más populosa Rusia desplazaría entre 700.000 y 800.000 hombres. En todo caso, al estallar el conflicto de 1914, los tiempos más tardíos implementados en la movilización de las tropas rusas así como su desmovilización más temprana en relación al resto de las potencias beligerantes fue lo que, en opinión de McMeekin, condujo a los historiadores a desatender de manera unánime el rol de primer orden que en la generación de las condiciones para el conflicto tuvo el juego de intrigas de la diplomacia del zar.

Rechazando la teoría de que el paneslavismo decimonónico se erigió en ideología nacionalista del imperialismo ruso a la hora de conducir los intentos de anexión del sudeste europeo, principalmente aquellos territorios integrados al Imperio Otomano, McMeekin hace recaer el peso de las causas que impulsaron el expansionismo ruso casi exclusivamente en la figura de Sazonov, a la postre monje negro del zar Nicolás II. Las ambiciones personales gestadas en la elite rusa se alzan así en el relato del autor en el factor principal que permite explicar las experiencias militares conducidas por Rusia en el siglo XIX, cristalizado de manera más palmaria que nunca a partir de la llegada de Sazonov al Ministerio de Relaciones Exteriores en 1910. Acaso resida en esta metodología de análisis uno de los puntos más discutibles en el trabajo de McMeekin, puesto que, tras generar una fuerte expectativa a propósito de la información que los documentos consultados brindarían acerca de las altas esferas de los cuerpos diplomático y militar de Rusia, acaba por proponer una interpretación ligada en exceso a la figura de Sazonov. Es este último el que, en su intención de otorgar al Imperio ruso el control de Constantinopla, puso en riesgo la frágil situación en los Balcanes.

Aunque deja abierta la posibilidad de que el presidente de Francia, Raymond Poincaré, haya tenido conocimiento acerca de los planes rusos y haya actuado en connivencia con ellos a partir de la visita que realizó a Rusia tan sólo unos pocos días antes de que Serbia recibiera el ultimátum de Austria, al poner en definitiva el foco en el rol desencadenante del Imperio zarista, McMeekin parece exculpar a Francia y Gran Bretaña por las políticas exteriores que asumieron en el período abordado. Antes bien, los gobiernos de estos dos últimos países se habían visto empujados de manera calculada por Rusia a intervenir en el conflicto, pues sus estadistas habían optado por romper con la lógica promovida por los estadistas alemanes para mantener el conflicto entre Serbia y el Imperio Austrohúngaro dentro de límites precisos. De esta manera podía activarse un enfrentamiento entre Alemania, por un lado, y Gran Bretaña y Francia, por el otro. Con ello el zar y su séquito esperaban obtener un triunfo muy ansiado: el control del Mar Negro. Así, Rusia era la principal organizadora de las condiciones para la materialización de una guerra a escala planetaria.

El camino que recorre el desarrollo de los argumentos a lo largo del libro para demostrar que el lugar de principal impulsor de la Primera Guerra Mundial corresponde a Rusia y no a Alemania resulta inconducente. Plantear la cuestión de las responsabilidades en función de cuál na-

ción habría hecho más méritos a la hora de encender la mecha de un polvorín poliédrico implica dejar sin efecto un enorme acervo teórico con base empírica forjado desde el mismo estallido de los acontecimientos hasta nuestros días. La discusión destinada a atender una duda tanto centenaria como escolástica —quién empezó la guerra— se presenta como zanjada en *The Russian Origins of the First World War*. Pero para lograr la satisfacción de su objetivo McMeekin acaba por descentrar cuestiones de primer orden para el desencadenamiento de los más significativos procesos políticos de, cuando menos, comienzos del siglo XX: el imperialismo y el socialismo, la cuestión nacional y el internacionalismo, por mencionar algunas de ellas, son ignoradas en su trascendencia por el eje trazado en la obra, lo que lleva al lector a preguntarse si el reemplazo de categorías de análisis fértiles por devaneos diplomático-militares poco sustanciosos no representa un paso en falso antes que un avance en el campo de los estudios sobre la Primera Guerra Mundial. En efecto, toda nueva luz que permita incrementar el conocimiento sobre el pasado constituye una ganancia para la ciencia histórica, y así debe valorarse el aporte realizado en el sentido de contrarrestar a la imagen preconcebida de un imperio zarista al borde del colapso que es arrastrado por la fuerza de los acontecimientos de Europa a la reconstrucción de una Rusia con pleno ejercicio de su autonomía política dentro del concierto internacional. El cúmulo de datos empíricos que presenta McMeekin no consigue responder el interrogante crucial en base al cual se funda su estudio: ¿en qué consiste la importancia de señalar cuál de entre todas las naciones que participaron en la repartición del mundo colonial merece ser considerada la de responsabilidad mayor en el desencadenamiento de la crisis de julio-agosto de 1914? Esta cuestión tan central a la hora de justificar el sentido de cualquier investigación que se origina en una necesidad intelectual no encuentra una respuesta, pues no es siquiera planteada por el autor. Ya en el año 2004 el historiador David Fromkin había formulado la misma inquietud en su estudio *Europe's Last Summer: Who Started the Great War in 1914?*⁵, encontrando por responsable principal al gobierno austro-húngaro, por lo que si parece emerger algún principio de debate en torno a ella está enteramente vinculado al señalamiento acusatorio de la nación que se propone como causante original del conflicto antes que en el cuestionamiento acerca de las conclusiones históricas y políticas que de allí se derivan.

5 Fromkin, David: *Europe's Last Summer: Who Started the Great War in 1914?*, Nueva York, Knopf, 2004.

No se limita al estallido de agosto de 1914 la propensión de McMeekin a jerarquizar responsabilidades en la materialización de los eventos dramáticos de comienzos del siglo XX, sesgando los diagnósticos que necesariamente devendrían de una mirada de conjunto sobre los mismos y obteniendo una imagen parcial en la que los “grandes culpables” parecen ser los únicos artífices de la tragedia a partir del silenciamiento de la participación de otros estados/sujetos implicados. Formado en las universidades de Stanford y Berkeley y actualmente asentado en la Universidad de Koç de Estambul, el historiador norteamericano tomó en consideración en su estudio el proceso de exterminio sufrido por el pueblo armenio. Si bien resulta de gran interés e importancia el análisis realizado en torno del rol desempeñado por Rusia en dicho genocidio, McMeekin no se priva, una vez más, de encontrar un responsable máximo por la sangre vertida: los nacionalistas armenios. Así, los armenios habrían provocado el desenlace de los acontecimientos por ellos mismos padecidos, cuya faceta más nefasta sin dudas consistió en deportaciones en masa y en una cifra superior al millón y medio de víctimas fatales. En su particular perspectiva, McMeekin entiende que, mediante el aprovisionamiento de material bélico proporcionado por Rusia, la población armenia había generado un clima de amenazas entre una población otomana cuyas acciones parecían no tener más significado que la de constituir una defensa concreta contra las agresiones potenciales de agentes foráneos cuyo epicentro se encontraba en la península de Anatolia. Según este planteo, los turcos habían actuado por defensa propia cuando procedieron a aniquilar a la población armenia residente en Turquía, en tanto que los armenios resultaban ser utilizados por la intención conspirativa de Rusia dirigida a favorecer sus posibilidades de la dominación en el Bósforo.

Las deducciones altisonantes a partir de episodios que, como éste, no alcanzan a verse demostrados en la magnificencia que se les atribuye hacen que la obra se aparte de la rigurosidad científica y tienda inexorablemente a la literatura de controversias. La pericia de McMeekin en este tipo de artificios no es nueva. Vale mencionar, llegados a este punto, que en *History's Greatest Heist. The Looting of Russia by the Bolsheviks*, su estudio de 2010, merecedor de una mención del Ed A. Hewett Book Prize que patrocina el Consejo Nacional de Investigaciones Euroasiáticas y de Europa del Este, pretendía demostrar con documentos provenientes de los archivos soviéticos que los bolcheviques habían logrado mantenerse en el poder durante los cinco largos y desesperantes años

en los cuales se extendió la guerra civil rusa en base a un saqueo generalizado de bienes materiales hasta entonces en posesión de privados. Banqueros y abogados de Rusia y de distintas partes de Europa contribuyeron, según una perspectiva negada a conceder significación al cúmulo de prácticas políticas que por entonces proliferaron por fuera del Partido Bolchevique, a “blanquear” los recursos materiales obtenidos de manera ilícita por un grupo de políticos profesionales que, escudados en la falsa promoción de la lucha de clases, lograba acrecentar su patrimonio personal y sojuzgar a millones de personas. Resulta llamativo que este tipo de estudios acríticos, favorables a explicar la pervivencia de un proceso histórico-social novedoso y altamente complejo como lo fueron los primeros años de la Revolución rusa a partir de la exhumación de la gargantilla de Catalina la Grande, consigan convencer, sin mayores miramientos, a gran parte de la comunidad científica internacional.

De tal suerte, preso de una metodología carente de fundamentos filosófico-teóricos que puedan otorgarle mayor sustancia a sus planteos y rescatarlo del lugar de la descripción tendenciosa, *The Russian origins of the First World War* se erige en un trabajo por momentos mucho más cercano a la crítica política que a la investigación histórica. Esos momentos se tornan cruciales al ser, precisamente, los que marcan la impronta controvertida en que se sostiene la argumentación, el *topos* que atraviesa el libro. Este tiene a su vez una gran virtud en el sentido de que para indagar los orígenes rusos de la Gran Guerra realiza una profusa consulta de fuentes primarias muy poco o nada transitadas por los historiadores. Las trazas diplomáticas y militares que San Petersburgo destinó para la configuración de su política internacional por medio del colaborador directo del zar Nicolás II, el canciller Zasonov, son abordadas de manera particularizada en capítulos individuales. Así, algunos escenarios poco frecuentes al momento de analizar las problemáticas que conllevaron a la Primera Guerra Mundial —como el Cáucaso, el Cercano Oriente y el Oriente Medio— cobran especial relevancia para la disposición del ordenamiento de los conflictos, y, de hecho, es en base a esta atención geográfica como está dispuesta la organización de la mayoría de los capítulos del libro. Sin embargo, la abundante consulta de fuentes primarias emprendida por McMeekin no alcanza para sustentar planteos que a todas luces resultan inverosímiles, por lo que quizás quedará al lector como único aporte de significación la introducción de datos fácticos novedosos, no pocas ve-

ces limitados al terreno inocuo de la anécdota política, pero en todo caso desconocidos por la historiografía previa.

En el comienzo de la introducción de *The Russian Origins of the First World War* el autor dejaba en claro el objetivo y la importancia de su investigación: comenzar a echar luz sobre las líneas de pensamiento de los diseñadores de la política exterior asentados en San Petersburgo durante el tiempo en que el país se encontró envuelto en la Primera Guerra Mundial. El problema de conjunto que atraviesa el libro reside en que el planteo original en el que se pretende sustentar su originalidad, al tiempo que debe justificar su relevancia para el llenado de un importante vacío historiográfico, es que la exposición no consigue superar el terreno de unas conjeturas que mucho más parecen tener que ver con psicologismos individuales que con construcciones de raigambre social. Ausente en el libro un estudio sistemático acerca de aquellas estructuras del pensamiento ruso de comienzos de siglo destacadas en las prometedoras páginas iniciales, los documentos utilizados no acuden más que a brindar el señalamiento de algunos aspectos prácticos en torno de los cuales se construyen las suposiciones personales elaboradas por McMeekin, impidiendo que de ellas se puedan extraer conclusiones generales que permitan comprender más en profundidad la dinámica del poder ruso *a partir de y dentro de* la lógica de la Primera Guerra Mundial.